

VI Jornadas de Historia Política. Argentina, siglos XIX y XX Comentarios a las ponencias de la mesa “Cultura y política”

**Por Marcela Ferrari
(UNMdP – CONICET)**

Las tres ponencias que integran la mesa remiten a distintos momentos de la primera mitad del siglo XX y son muy diferentes en cuanto a los problemas tratados, el enfoque utilizado, el estado de avance en la investigación y el nivel de formación de las autoras.

No obstante, es posible reconocer algunos ejes comunes que las atraviesan. Uno de ellos es el del Estado, los gobiernos y sus relaciones con la sociedad. Sandra Gayol pone de manifiesto la existencia de un Estado potente, fuerte, que exhibe los logros alcanzados en torno al primer Centenario, y cuyos gobiernos liberales encuentran en el homenaje fúnebre a los grandes hombres que construyeron la Nación una ocasión para exaltar los valores republicanos ante las nuevas generaciones. Luego aparece otro Estado que incursiona más en la regulación de las relaciones sociales. El punto de llegada es el de los gobiernos peronistas, que Mara Petitti revisita desde la correspondencia que mantienen con él las cooperadoras escolares. La normativa reglamentaria de estas asociaciones, lo muestra como un Estado intervencionista en materia de educación pública, al cual las cooperadoras demandan reparaciones materiales concretas con ciertas dosis de adulación. Ante el mismo Estado gobernado por el peronismo algunos grupos opositores habrán de buscar estrategias para cumplir sus objetivos por fuera de los intereses del régimen, sugiere Juliana López Pascual.

Un segundo tema es el referido a la expansión de la educación y la cultura en la ciudad y la provincia de Buenos Aires, a través de circuitos informales y formales. Los homenajes fúnebres a los “hombres-Nación” eran instancias de aprendizaje de cultura cívica, cargadas de formalidad aunque se realizaran por fuera del sistema educativo formal. En efecto, al exaltar a los forjadores del republicanismo, se pretendía inculcar sus valores a la sociedad, en particular a las multitudes protagonistas de la

conmemoración. L. A. Bertoni ya había destacado el lugar preferente de estas celebraciones a fines del siglo XIX, organizadas por algunos de los honrados entre 1906 y 1914. Es decir los gobiernos trataban de expandir valores políticos y culturales posibles de inscribir en una tradición de más largo plazo que, aunque variaran en sus manifestaciones, eran posibles de inscribir en un proyecto *demopédico* (parafraseando a Rosanvallon) y en el contexto del universo político de notables en vías de extinción.

Dentro del mismo eje es posible observar de qué manera en una sociedad compleja, gobernada por sectores cada vez más plebeyos tras la ampliación democrática, tuvo cabida la difusión de otro tipo de valores culturales desde los años 30. En vísperas del peronismo y durante el mismo una red cultural integrada por individuos de los sectores medios vinculados al socialismo expandió centros de “cultura superior” como el Colegio Libre de Estudios Superiores e intentó transmitir sus valores, alternativos tanto a los de la extinta élite notabiliar republicana como a los del Estado peronista preocupado por la expansión de la educación básica de vocación unánimista, a la que, al menos en la provincia de Buenos Aires, no podía satisfacer por completo en sus demandas materiales.

Señalados los puntos en común, vale la pena considerar cada una de las ponencias en particular.

El texto de Sandra Gayol, inscripto en la historia cultural de vertiente europea y, en especial, francesa, es excelente. Este enfoque –en el que, cabe aclarar, no soy especialista- permite observar las prácticas y los consumos de ciertos bienes, aun de aquellos intangibles referidos a la creación o la consolidación de valores de “unidad e identificación nacional”. El texto va también en la línea de la construcción de la memoria colectiva, a partir del estudio de las operaciones puestas en marcha a la hora de seleccionar qué recordar, por qué y cómo hacerlo.

Los funerales analizados son los de los notables que habían construido la nación republicana. Es decir, de una élite dentro de la élite, aquélla que merecía ingresar al altar de la patria porque –en la visión de la prensa periódica consultada-, habían forjado los valores que sustentaban a los gobiernos que organizaban los homenajes. Aunque los despliegues de los funerales eran importantes, los diarios resaltaban la austeridad republicana. Ya lo había hecho *La Nación* cuando seguía día a día la agonía de su

fundador y lo hizo después al reconstruir los homenajes fúnebres realizados tras la muerte de Mitre en el interior.

Ciertamente en toda la ritualidad simbólica utilizada por el Estado (bandera a media asta, cementerio de élite, cañonazos, orden de oradores, etc) nada quedaba librado al azar. ¿Cómo hacerlo si había que convertir a estos hombres en figuras totalmente públicas y a sus tumbas en lugares de memoria? Para lograrlo necesitaban hacer “política en las calles”, donde el *pueblo* –tal la noción usada por las fuentes- tenía el rol de custodio de estos individuos que pasarían a ser “hombres nación”. Las columnas de peregrinos daban sentido a lo que S. Gayol denomina un rito iniciático dual: el pasaje del gran hombre a la inmortalidad necesitaba de la multitud para convertirse en ancestro; y ésta debía participar de las celebraciones para ingresar a la vida “civilizada”. Esa multitud era representada como sobria, honorable y, además, distinta de la que nutría las manifestaciones obreras. Me detengo en este último punto para preguntar si, al reconocerse la existencia de dos multitudes, la unificación del país en torno a valores comunes no pasaba de ser una intención construida por los gobiernos y por los medios de prensa consultados. *La Nación* (de los Mitre), *El Diario* (de los hermanos Láinez), *Tribuna* (de Mariano de Vedia), *La Prensa* (de los Gainza Paz) construían una representación consagratoria de los más significativos entre sus pares de clase –para decirlo rápidamente. Esos periódicos autocelebraban a sus muertos. ¿Qué diría la prensa obrera de los padres de la república y de la honorabilidad de la multitud que los despedía? Probablemente algo diferente. Pregunto entonces si es posible evaluar, en alguna medida, el éxito de los gobiernos de la Argentina republicana y opulenta al interpelar al conjunto o a una parte de la sociedad.

Para concluir quisiera mencionar que al morir Franco, se comunicó a la sociedad “Españoles, Franco ha muerto”. Cuatro palabras que sintetizaban una conciencia ruptura: un tiempo terminó y se iniciaba otro. Me pregunto si en la representación de los funerales analizados hay una conciencia semejante sobre el fin de “los notables” y el inicio de nuevos tiempos.

La ponencia de Juliana López Pascual, sobre el Colegio Libre de Estudios Superiores de Bahía Blanca, ha sido construida en torno a la trayectoria de Pablo Lejarraga. Muestra cómo este ego movilizaba los recursos relacionales construidos

desde su tránsito por las dos universidades en las que estudió y el Partido Socialista, a fin de convertir a la ciudad en un polo cultural desde donde “irradiar” conocimientos y relacionar los focos de Buenos Aires y La Plata con el sur del país.

A partir de la reducción de la escala de análisis, la autora analiza los múltiples contactos de este abogado a quien define como un *social broker*, utilizando la noción de J. Boissevain. Si confrontamos las prácticas de Lejarraga con el contenido de la categoría se observa que aquel vinculaba a unas personas con otras; llenaba lagunas en la comunicación; pero ¿era “un manipulador profesional de personas e informaciones”? Manipular es “intervenir con medios hábiles y, a veces, arteros, en la política, en el mercado, en la información, etc., con distorsión de la verdad o la justicia, y al servicio de intereses particulares” (Diccionario de la RAE). Dicho de otro modo, ¿Lejarraga consiguió a partir de estas prácticas beneficios que de otro modo no hubiera obtenido? ¿Saltó pasos en su carrera gracias a su intermediación? Ese comportamiento no se desprende de las fuentes epistolares que sustentan la investigación.

Al contrario, invirtió en la gestación del campo cultural bahiense al que años atrás, Roberto Payró –también socialista- describía en *Pago Chico* como un páramo cultural. Contribuyó a crear allí un clima de efervescencia socio-cultural, en el que un proyecto fue el del Colegio Libre y otro, la creación de la UNS. No era un viajero que tanto venía como se iba, manejaba recursos con los que recomponía vínculos, ni construía a su favor una agenda distribuyendo bienes materiales y simbólicos. Lejarraga apostó a un proyecto, poniendo a disposición sus recursos relacionales, académicos, políticos y su evidente capacidad de gestión. Entonces, era un animador del campo cultural, no un broker. Me inclinaría por mirar el funcionamiento del campo cultural/intelectual de la época dejando de lado nociones preestablecidas.

Finalmente, el texto de Mara Petitti, referido a las asociaciones cooperadoras de las escuelas dependientes de la provincia de Buenos Aires (1946-1955) retoma la pregunta acerca de cuánto de oclusión o de apertura hubo en las relaciones establecidas entre la sociedad civil y el gobierno durante el peronismo.

Sobre la posible oclusión, la autora expone la supresión de los Consejos Escolares de distrito en la provincia, dispuesta en 1949 y su reemplazo por Delegaciones Administrativas que fiscalizaban las cooperadoras, vigilaban su funcionamiento, les enviaban un asesor. Aunque la ponencia no permite observar cuánto de lo normado fue puesto en práctica, es claro que de aplicarse esta medida -entre otras

destinadas a centralizar la autoridad del gobierno- se dificultaba la participación de la comunidad en el sistema escolar. Frente a ello, se opone la actividad de las cooperadoras de la que dan muestras las fuentes.

Me pregunto si es posible deducir de este objeto de análisis referencias a la oclusión / no oclusión de la sociedad civil cuando las cooperadoras, en la práctica, cumplen funciones asistencialistas que no necesariamente ponen en discusión las políticas del Estado. El peronismo multiplicó el número de escuelas públicas: entre 1947 y 1958 las escuelas del Estado pasaron de 34% a 70% (cabría aclarar cuánto se construyó antes y después del '55 y cuánto durante las gobernaciones de Mercante y Aloé respectivamente). Pero no invirtió lo suficiente para satisfacer las demandas remitidas por las cooperadoras que reclamaban terrenos, lanchas, materiales de construcción. Estas asociaciones tenían un diagnóstico de los problemas de los establecimientos educativos; auxiliaban al Estado en la provisión de la copa de leche; en otro orden, compraban útiles y ropa para el alumnado más necesitado. Entonces, si las cooperadoras relevaban al Estado de algunas de sus funciones, cubriendo las necesidades que éste no satisfacía, sin competir con él; y si se comprobara la participación de un asesor enviado por una agencia fiscalizadora del gobierno, ¿son un buen punto de mira para poner en discusión la obturación del Estado peronista en relación con la sociedad civil?

Algo interesante en el uso de las cartas que realiza la autora es que permite complejizar la visión del peronismo. Hace tiempo circulan sólidos estudios de base empírica referidos a la organización partidaria del peronismo que ponen cuestión la relación directa de las bases sociales con el líder como característica esencial del peronismo. Desde otro lugar este trabajo restituye esa imagen. Las cooperadoras de escuelas provinciales se dirigen a Perón aun cuando reconocen que el destinatario formal debería ser otro, porque confían en el líder del movimiento, “el único con capacidad para resolver”, y en su esposa. En ese sentido el trabajo aporta a la reconstrucción de un peronismo en el que tanto había relación directa con el líder como organización que se manejaba con cierta autonomía del mismo, al menos durante la etapa constitutiva y durante el primer gobierno.